



Dichoso mes, que comienza con la fiesta de Todos los santos...

El refrán popular enmarca el mes que hemos comenzado: «*Dichoso mes, que comienza con la fiesta de Todos los santos y se cierra con la san Andrés*». El mes de noviembre no es simplemente un mes de transición: de la intensidad del arranque de curso, en septiembre y octubre, a esperar la

fuerza del mes de diciembre con la Navidad y el fin de año. Todos los meses cuentan para el cómputo de nuestros años: no podemos dejar algunos meses en *standby*, en espera, para vivir tan solo los tiempos fuertes, a salto de emociones. Noviembre nos brinda diversas enseñanzas:

La fiesta que abre este gris mes de noviembre, es una fiesta de alegría. Todos tenemos en nuestra memoria personas que al morir hemos dicho de ellas: «ha sido un santo... ha muerto como una santa». En el gran elenco de la fiesta de Todos los santos, cada uno de nosotros tenemos familia. Porque la santidad no es lo inalcanzable, sino tocar a Dios desde la propia debilidad: es santo el que trabaja para eliminar sus imperfecciones y pecados y descubre que todo es posible con la gracia de Dios... Cuando la Iglesia canoniza a uno de los nuestros, nos dice: este hombre, esta mujer que como tú vivió la vida, lo hizo de modo ejemplar y puedes aprender de él, fijarte en ella... En los santos canonizados la Iglesia nos presenta modelos ejemplares para nuestra vida... pero no son los únicos. Hay una multitud de santos anónimos y santas que no conocemos su nombre, que gozan de la presencia de Dios y cantan cara a cara la belleza de su rostro.

El día de los Fieles difuntos, dirige nuestra mirada hacia todos los seres queridos que nos faltan: los traemos a la memoria afectiva de nuestro corazón y damos gracias a Dios por la vida compartida: padres, abuelos, a veces con dolor, hijos... Es una galería de rostros queridos que ponemos junto al altar, en la Eucaristía: los que aún vivimos en la tierra, con esperanza, pedimos al Señor que acoja en su Reino a los que ya han terminado esta peregrinación...

Y cierra el mes, la fiesta de san Andrés. Según los evangelios, fue el primer discípulo del Señor y, él mismo, presentó a su hermano Pedro al Maestro... Siguiendo los relatos evangélicos y algunas tradiciones, San Andrés nos puede ofrecer hoy diversas enseñanzas: Primero, Andrés, una vez que se encontró con Jesús, llevó esta buena noticia a su familia: dijo a su hermano Pedro que había encontrado al Mesías y lo llevó ante él. Entonces Jesús nombró discípulo a Pedro también (cf. Jn 1,35-42). Segundo, fue Andrés, quien presentó a Jesús a aquel muchacho que tenía unos panes y cuya generosidad ayudó al milagro de la multiplicación de los panes y los peces, que dio de comer a unos 5000 (cf. Jn, 6,1-15). Tercero, Andrés, facilitó que unos paganos griegos llegaran hasta Jesús (Jn 12,20-22). Andrés es un «discípulo-misionero»: hacia su familia, acercando a su hermano Pedro a Jesús; hacia los mismos paisanos, facilitando el milagro de la multiplicación, que manifestó la presencia del Mesías entre su pueblo; y hacia los paganos y extranjeros, llevando a los griegos hasta el Maestro. La cruz en aspas, la cruz de san Andrés, identifica a este gran santo.

La tradición cristiana nos dice que Andrés predicó por los alrededores del mar Negro y del río Dniéper hasta llegar a Kiev, y desde ahí fue a Nóvgorod. Por esto es patrón de Ucrania y Rusia. Ponemos bajo su protección a estos países, hoy, enfrentados por la guerra: que la fe cristiana que sembró san Andrés, germine en paz y concordia.

Alfonso Crespo Hidalgo, párroco.